

Edmondo De Amicis

# Corazón



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *Cuore*  
Traducción de Esther Benítez

Primera edición: 1984  
Segunda edición: 2015  
Cuarta reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Ilustración de cubierta: Demetrio Cosola: *El dictado* (1891, Galleria Civica d'Arte Moderna e Contemporanea, Turín)  
© Album / De Agostini / F. Gallino  
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Herederos de Esther Benítez  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1984, 2023  
Calle Valentín Beato, 21  
28037 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-9104-031-6  
Depósito legal: M. 8.408-2015  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

## 13 Octubre

El primer día de escuela, 13.—Nuestro maestro, 15.—Una desgracia, 17.—El muchacho calabrés, 18.—Mis compañeros, 20.—Un rasgo generoso, 22.—Mi maestra de primero superior, 24.—En un desván, 26.—La escuela, 27.—EL PEQUEÑO PATRIOTA PADUANO, 29.

## 32 Noviembre

El deshollinador, 32.—El día de difuntos, 34.—Mi amigo Garrone, 35.—El carbonero y el señor, 37.—La maestra de mi hermano, 39.—Mi madre, 41.—Mi compañero Coretti 43.—El Director, 47.—Los soldados, 49.—El protector de Nelli, 51.—El primero de la clase, 53.—EL PEQUEÑO VIGÍA LOMBARDO, 55.—Los pobres, 62.

## 64 Diciembre

El traficante, 64.—Vanidad, 66.—La primera nevada, 68.—El albañilito, 70.—Una bola de nieve, 72.—Las maestras, 74.—En casa del herido, 76.—EL PEQUEÑO ESCRIBIENTE FLORENTINO, 78.—La voluntad, 88.—Gratitud, 89.

92 Enero

El maestro suplente, 92.—La librería de Stardi, 94.—El hijo del herrero, 95.—Una visita agradable, 97.—Los funerales de Víctor Manuel, 99.—Franti, expulsado de la escuela, 101.—EL TAMBORCILLO SARDO, 104.—El amor a la patria, 115.—Envidia, 116.—La madre de Franti, 118.—Esperanza, 120.

122 Febrero

Una medalla bien dada, 122.—Buenos propósitos, 124.—El tren, 126.—Soberbia, 128.—Los heridos del trabajo, 130.—El preso, 132.—EL ENFERMERO DE TATA, 136.—El taller, 148.—El payasito, 150.—El último día de Carnaval, 154.—Los muchachos ciegos, 157.—El maestro enfermo, 163.—La calle, 165.

168 Marzo

Las escuelas nocturnas, 168.—La pelea, 170.—Los padres de los chicos, 172.—El número 78, 174.—El chiquitín muerto, 176.—La víspera del 14 de marzo, 178.—La distribución de premios, 179.—Pelea, 185.—Mi hermana, 187.—SANGRE ROMANAOLA, 189.—El albañil moribundo, 199.—El conde de Cavour, 202.

204 Abril

Primavera, 204.—El rey Humberto, 206.—El parvulario, 211.—En clase de Gimnasia, 215.—El maestro de mi padre, 218.—Convalecencia, 229.—Los amigos obreros, 231.—La madre de Garrone, 233.—Giuseppe Mazzini, 235.—VALOR CIVIL, 237.

244 Mayo

Los niños raquíticos, 244.—Sacrificio, 246.—El incendio, 248.—DE LOS APENINOS A LOS ANDES, 253.—Verano, 296.—Poesía, 298.—La sordomuda, 300.

309 Junio

Garibaldi, 309.—El ejército, 311.—Italia, 313.—32 grados, 314.—Mi padre, 316.—En el campo, 318.—La distribución de premios a los obreros, 321.—Mi maestra muerta, 324.—Gracias, 327.—NAUFRAGIO, 329.

338 Julio

La última página de mi madre, 338.—Los exámenes, 340.—El último examen, 342.—Adiós, 344.



*Este libro está especialmente dedicado a los muchachos de las escuelas primarias, los cuales cuentan entre nueve y trece años, y se podría titular: Historia de un curso académico, escrita por un alumno de tercero de una escuela municipal de Italia. Al decir «escrita por un alumno de tercero», no quiero decir que la haya escrito precisamente él, tal cual sale a la luz. Él iba anotando en un cuaderno, a su manera, lo que había visto, oído, pensado en la escuela y fuera de ella; y su padre, al final del año, escribió estas páginas con aquellas notas, ingeniándose las por no alterar la idea y conservar, en lo posible, las palabras de su hijo. Después éste, al cabo de cuatro años, estando ya en el Gimnasio, releyó el manuscrito y agregó algo de su cosecha, valiéndose del recuerdo aún fresco de personas y cosas. Leed ahora este libro, muchachos: espero que quedéis contentos y que os haga algún bien.*





# Octubre

## El primer día de escuela

Lunes, 17

Hoy, primer día de clase. ¡Pasaron como un sueño los tres meses de vacaciones en el campo! Mi madre me llevó esta mañana a la escuela Baretti a matricularme en tercero de primaria: yo pensaba en el campo e iba a regañadientes. Todas las calles hormigueaban de chicos; las dos tiendas de libros estaban atestadas de padres y madres que compraban mochilas, cartillas y cuadernos, y ante la escuela se agolpaba tanta gente que al bedel y al guardia municipal les costaba trabajo mantener despejada la puerta. Junto a la puerta, sentí que me tocaban en el hombro; era mi maestro de segundo, siempre alegre, con su pelo rojo enmarañado, que me dijo: «¿Qué, Enrico, nos han separado para siempre?». Yo lo sabía muy bien, y sin embargo me dieron pena esas palabras. Entra-

mos con dificultad. Damas, caballeros, mujeres del pueblo, obreros, oficiales, abuelas, criadas, todos con los niños de una mano y el libro escolar en la otra, llenaban vestíbulo y escaleras, con un abejorreo que parecía como entrar en un teatro. Volví a ver con agrado aquel gran zaguán de la planta baja, con las puertas de las siete aulas, donde pasé casi todos los días durante tres años. Había un gentío, las maestras iban y venían. Mi maestra de primero superior me saludó desde la puerta del aula y me dijo: «Enrico, este año vas al primer piso: ¡ni siquiera te veré pasar!», y me miró con tristeza. El Director tenía a su alrededor unas mujeres muy apesadumbradas porque no había plazas para sus hijos, y me pareció que tenía la barba un poco más blanca que el año pasado. Me encontré con chicos más crecidos, más gruesos. En la planta baja, donde ya habían hecho la distribución, había niños de los primeros cursos que no querían entrar en clase y se resistían como borriquitos; había que meterlos dentro a la fuerza y algunos se escapaban de los pupitres; otros, al ver marcharse a sus padres, se echaban a llorar, y ellos tenían que retroceder a consolarlos o a recogerlos, y las maestras se desesperaban. A mi hermano pequeño lo pusieron en la clase de la maestra Delcati, a mí en la del maestro Perboni, en el primer piso. A las diez todos estábamos en la clase: cincuenta y cuatro; apenas quince o dieciséis de mis compañeros de segundo, entre ellos Derossi, el que gana siempre el primer premio. ¡Me pareció tan pequeña y triste la escuela, al pensar en los bosques y las montañas donde pasé el verano! También me acordaba de mi maestro de segundo, tan bueno, que siempre se reía con nosotros, y tan bajito, que parecía un compa-

ñero nuestro, y me disgustaba no verlo allí, con su pelo rojo enmarañado. Nuestro maestro es alto, sin barba, de pelo gris y largo, y tiene una arruga recta en la frente; tiene una voz gruesa, y nos mira a todos fijamente, uno tras otro, como para leer en nuestro interior; y no se ríe nunca. Yo decía para mí: «Y éste es el primer día. Aún quedan nueve meses. ¡Cuántos trabajos, cuántos exámenes mensuales, cuántos esfuerzos!». Sentía verdadera necesidad de encontrar a mi madre a la salida, y corrí a besarle la mano. Ella me dijo: «¡Ánimo, Enrico! ¡Estudiaremos juntos!». Y volví a casa contento. Pero ya no tengo a mi maestro, con su sonrisa bondadosa y alegre, y la escuela no me parece tan bonita como antes.

## Nuestro maestro

Martes, 18

También mi nuevo maestro me gusta, desde esta mañana. A la hora de la entrada, mientras él ya estaba sentado en su sitio, se asomaba de vez en cuando a la puerta del aula alguno de sus alumnos del año pasado, para saludarlo; se asomaban, al pasar, y lo saludaban: «Buenos días, señor maestro». «Buenos días, señor Perboni»; algunos entraban, le daban la mano y salían corriendo. Se veía que lo querían mucho y que habrían deseado volver con él. Él respondía: «Buenos días», estrechaba las manos que le tendían, pero no miraba a nadie; a cada saludo permanecía serio, con su arruga recta en la frente, vuelto hacia la ventana, y miraba el tejado de la casa de enfrente; y en vez de alegrarse con aquellos saludos, pa-

recía sufrir. Luego nos miraba a nosotros, uno tras otro, atento. Al dictar, bajó a pasear entre los pupitres, y al ver a un chico que tenía la cara toda roja de ampollitas, dejó de dictar, le cogió la cara entre las manos y la miró; después le preguntó qué tenía, y le pasó una mano por la frente para ver si sentía calor. Mientras tanto, un chico a su espalda se levantó en su pupitre y se puso a hacer el payaso. Él se volvió de pronto; el chico se sentó de golpe y allí se quedó, la cabeza gacha, esperando el castigo. El maestro le colocó una mano en la cabeza y le dijo: «No lo vuelvas a hacer». Nada más. Regresó a su mesa y terminó de dictar. Al acabar, nos miró un momento en silencio; luego dijo despacito con su voz gruesa, pero bondadosa: «Escuchad. Hemos de pasar juntos un año. Tratemos de pasarlo bien. Estudiad y sed buenos. Yo no tengo familia. Mi familia sois vosotros. El año pasado tenía aún a mi madre: se me ha muerto. Me he quedado solo. Sólo os tengo a vosotros en el mundo, no tengo otro afecto, otro pensamiento que vosotros. Tenéis que ser como mis hijos. Yo os quiero, es preciso que me queráis a mí. No deseo tener que castigar a nadie. Demos-tradme que sois buenos chicos; nuestra clase será una familia, y vosotros seréis mi consuelo y mi orgullo. No os pido promesas de palabra; estoy seguro de que, en el fondo de vuestro corazón, ya me habéis dicho que sí. Y os lo agradezco». En ese momento entró el bedel a dar la hora. Salimos todos de los pupitres muy callados. El chico que se había levantado del pupitre se acercó al maestro, y le dijo con voz trémula: «Señor maestro, perdóname». El maestro lo besó en la frente y le dijo: «Está bien, hijo».

## Una desgracia

Viernes, 21

El curso ha comenzado con una desgracia. Al ir a clase, esta mañana, repitiéndole a mi padre estas palabras del maestro, vimos la calle llena de gente que se apretujaba delante de la puerta de la escuela. Mi padre dijo en seguida: «¡Una desgracia! ¡El curso empieza mal!». Entramos a duras penas. El zaguán estaba atestado de padres y chicos, a quienes los maestros no lograban arrastrar a las aulas, y todos se volvían hacia el despacho del Director y se oía decir: «¡Pobre chico! ¡Pobre Robetti!». Por encima de las cabezas, al fondo de la estancia llena de gente, se veía el casco de un guardia municipal y la cabeza calva del Director; después entró un caballero con sombrero de copa y todos dijeron: «Es el médico». Mi padre preguntó a un maestro: «¿Qué ha ocurrido?». «Le ha pasado una rueda sobre el pie», contestó. «Le ha roto el pie», dijo otro. Era un chico de segundo que al venir a la escuela por la calle Dora Grossa y ver cómo un niño de primero elemental, escapado de su madre, caía en medio de la calle, a pocos pasos de un ómnibus que se le echaba encima, había corrido intrépidamente, lo había agarrado y puesto a salvo; pero, al no haber retirado el pie con bastante agilidad, la rueda del ómnibus le había pasado por encima. Es hijo de un capitán de artillería. Mientras nos contaban esto una señora entró en la habitación como una loca, rompiendo el gentío: era la madre de Robetti, a quien habían mandado llamar; otra señora corrió hacia ella, y le echó los brazos al cuello sollozando: era la madre del niño salvado. Las dos se lanzaron al

despacho y se oyó un grito desesperado: «¡Oh, mi Giulio! ¡Hijo mío!». En ese momento se paró un carruaje delante de la puerta, y al rato apareció el Director llevando al chico en brazos, con la cabeza apoyada en su hombro, el rostro blanco y los ojos cerrados. Todos enmudecieron: se oían los sollozos de la madre. El Director se detuvo un instante, pálido, y alzó un poco al muchacho con ambos brazos para mostrarlo a la gente. Y entonces maestros y maestras, padres, chicos, murmuraron al unísono: «¡Muy bien, Robetti! ¡Muy bien, pobre chico!», y le mandaban besos; las maestras y los chicos que tenía alrededor le besaron las manos y los brazos. Él abrió los ojos y dijo: «¡Mi cartera!». La madre del pequeño salvado se la enseñó llorando y le dijo: «Te la llevo yo, angelito, te la llevo yo». Y mientras tanto sostenía a la madre del herido, que se tapaba el rostro con las manos. Salieron, acostaron al chico en el carruaje, el carruaje salió. Y entonces entramos todos en la escuela, en silencio.

## El muchacho calabrés

Sábado, 22

Ayer por la tarde, mientras el maestro nos daba noticias del pobre Robetti, que tendrá que andar un tiempo con muletas, entró el Director con un nuevo matriculado, un chico de rostro muy moreno, pelo negro, ojos grandes y negros, cejas tupidas y muy juntas; todo vestido de oscuro, con un cinturón de tafiote negro al talle. El Director, tras haberle hablado al oído al maestro, salió, dejando a su lado al chico, que nos miraba con sus ojazos negros,

como asustado. Entonces el maestro le cogió una mano y dijo a la clase: «Tenéis que estar contentos. Hoy entra en la escuela un pequeño italiano nacido en Reggio de Calabria, a más de quinientas millas de aquí. Quered mucho a vuestro hermano llegado de lejos. Ha nacido en una tierra gloriosa, que dio a Italia hombres ilustres, y le da fuertes trabajadores y valientes soldados; en una de las más hermosas tierras de nuestra patria, en cuyos grandes bosques y grandes montañas habita un pueblo lleno de ingenio y de valor. Queredlo mucho, para que no advierta que está lejos de la ciudad donde nació; demostradle que un niño italiano, en cualquier escuela italiana donde ponga los pies, encuentra hermanos». Dicho esto se levantó y señaló en el mapa mural de Italia el punto donde está Reggio de Calabria. Después llamó en voz alta: «¡Ernesto Derossi!», el que gana siempre el primer premio. Derossi se levantó. «Ven aquí», dijo el maestro. Derossi salió del pupitre y fue a colocarse junto a la mesa, frente al calabrés. «Como primero de la escuela –le dijo el maestro–, da un abrazo de bienvenida, en nombre de toda la clase, al nuevo compañero; el abrazo del hijo del Piamonte al hijo de Calabria.» Derossi abrazó al calabrés, diciendo con su clara voz: «¡Bienvenido!», y el otro lo besó en las dos mejillas, con ímpetu. Todos aplaudieron. «¡Silencio! –gritó el maestro–, ¡en la escuela no se aplaude!» Pero se veía que estaba contento. También el calabrés estaba contento. El maestro le asignó un sitio y lo acompañó al pupitre. Después dijo aún: «Recordad bien lo que os digo. Para que este hecho pudiera ocurrir, que un chico calabrés estuviera en Turín como en su casa, y que un chico de Turín estuviera en

Reggio de Calabria como en casa propia, nuestro país luchó cincuenta años, y murieron treinta mil italianos. Os debéis respetar y querer todos mutuamente; pero cualquiera de vosotros que ofendiese a este compañero porque no ha nacido en nuestra provincia, se haría para siempre indigno de alzar los ojos del suelo al paso de una bandera tricolor». En cuanto el calabrés se sentó en su sitio, sus vecinos le regalaron plumas y una lámina, y otro muchacho, desde el último pupitre, le mandó un sello de Suecia.

## Mis compañeros

Martes, 25

El muchacho que le mandó el sello al calabrés es el que más me gusta de todos, se llama Garrone, es el mayor de la clase, tiene casi catorce años, la cabeza grande y los hombros anchos; es bueno, se ve cuando sonrío; pero parece que piensa siempre como un hombre. Ahora ya conozco a muchos de mis compañeros. Otro también me gusta, se apellida Coretti, y lleva una chaqueta de punto de color chocolate y un gorro de piel de gato; siempre alegre, hijo de un vendedor de leña, que ha sido soldado en la guerra de 1866, en el cuadro del príncipe Humberto, y dicen que tiene tres medallas. Está el pequeño Nelli, un pobre jorobadito, grácil y de rostro demacrado. Hay uno muy bien vestido, que siempre se está quitando las pelusillas de la ropa, y se llama Votini. En el pupitre de delante del mío hay un chico a quien llaman el *Albañilito*, porque su padre es albañil; una cara redonda como una



manzana, con una nariz de bola; tiene una habilidad especial, sabe poner hocico de liebre, y todos le piden que ponga hocico de liebre y se ríen; lleva un sombrerito flexible, que guarda hecho un ovillo en el bolsillo como si fuera un pañuelo. Al lado del albañilito está Garoffi, un tipo largo y flaco, con nariz de lechuza y ojos muy pequeños, que trafica siempre con plumillas, estampas y cajas de fósforos, y se escribe la lección en las uñas para leerla a hurtadillas. Está también un señorito, Carlo Nobis, que parece muy soberbio, y se sienta entre dos chicos que me resultan simpáticos: el hijo de un herrero, embutido en una chaqueta que le llega hasta las rodillas, tan paliducho que parece enfermo y con un aire perpetuamente asustado, que no se ríe nunca; y un pelirrojo que tiene un brazo muerto y lo lleva en cabestrillo: su padre se ha marchado a América y su madre es una vendedora ambulante de verduras. Es también un tipo curioso mi vecino de la izquierda –Stardi–, bajito y rechoncho, sin cuello, un gruñón que no habla con nadie, y no parece de muchas entendederas, pero siempre está atento al maestro, sin pestañear; y si le preguntan algo cuando el maestro habla, la primera y la segunda vez no contesta, y a la tercera da una patada. Tiene al lado un descarado de rostro maligno, uno que se llama Franti, que fue expulsado ya de otra escuela. Hay también dos hermanos, vestidos iguales, que se parecen como gotas de agua, y los dos llevan un sombrero calabrés, con una pluma de faisán. Pero el mejor de todos, el de más talento, que seguramente será el primero también este año, es Derossi; y el maestro, que ya lo ha comprendido, le pregunta siempre. Pero yo quiero mucho a Precossi, el hijo del herrero,

el de la chaqueta larga, que parece un enfermito; dicen que su padre le pega; es muy tímido, y cada vez que te pregunta algo o te toca dice: «Discúlpame» y mira con ojos bondadosos y tristes. Pero Garrone es el mayor y el más bueno.

## Un rasgo generoso

Miércoles, 26

Y cabalmente esta mañana se dio a conocer Garrone. Cuando entré en la clase –un poco tarde, pues me había parado la maestra de primero superior para preguntarme a qué hora podía ir a casa a vernos–, el maestro aún no estaba, y tres o cuatro chicos atormentaban al pobre Crossi, el pelirrojo que tiene un brazo muerto y cuya madre vende verduras. Lo pinchaban con las reglas, le tiraban a la cara cáscaras de castañas, y lo motejaban de tullido y de monstruo, imitándolo, con su brazo en cabestrillo. Y él, solito al fondo del pupitre, descolorido, los oía, mirando ora a uno ora a otro con ojos suplicantes, para que lo dejaran en paz. Pero los otros se chancaban cada vez más, y él empezó a temblar y a ponerse rojo de rabia. De pronto Franti, ese malencarado, se subió a un pupitre y, fingiendo llevar dos cestas en los brazos, remedó a la madre de Crossi cuando venía a esperar a su hijo a la puerta, porque ahora está enferma. Muchos se echaron a reír a carcajadas. Entonces Crossi perdió la cabeza y, agarrando un tintero, se lo arrojó a la cara con todas sus fuerzas; pero Franti hizo un quiebro, y el tintero fue a darle en el pecho al maestro, que entraba.

Todos escaparon a su sitio, y callaron atemorizados.

El maestro, pálido, subió a la tarima y, con voz alterada, preguntó:

—¿Quién ha sido?

Nadie respondió.

El maestro gritó otra vez, alzando aún más la voz:

—¿Quién?

Entonces Garrone, movido a compasión del pobre Crossi, se levantó de golpe y dijo resueltamente:

—¡Yo!

El maestro lo miró, miró a los alumnos asombrados; después dijo con voz tranquila:

—No has sido tú.

Y, al cabo de un momento:

—El culpable no será castigado. ¡Que se levante!

Crossi se levantó, y dijo llorando:

—Me pegaban y me insultaban, perdí la cabeza, tiré...

—Siéntate —dijo el maestro—. Que se levanten los que lo han provocado.

Se levantaron cuatro, la cabeza gacha.

—Vosotros —dijo el maestro— habéis insultado a un compañero que no os provocaba, habéis escarnecido a un desgraciado y golpeado a un débil que no se puede defender. Habéis cometido una de las acciones más bajas, más vergonzosas, con las que se pueda manchar una criatura humana. ¡Cobardes!

Dicho esto, bajó entre los pupitres, puso una mano bajo la barbilla de Garrone, que estaba con la vista en el suelo, y levantándole la cabeza lo miró a los ojos y le dijo:

—¡Tienes un alma noble!

Garrone, aprovechando la ocasión, murmuró no sé qué palabras al oído del maestro; y éste, volviéndose hacia los cuatro culpables, dijo bruscamente:

—Os perdono.

## Mi maestra de primero superior

Jueves, 27

Mi maestra ha cumplido su promesa: vino a casa, en el momento en que estaba a punto de salir con mi madre, para llevar ropa a una pobre, recomendada por la *Gaceta*. Hacía ya un año que no la veíamos por casa. Todos la hemos festejado mucho. Es la de siempre, bajita, con su velo verde en el sombrero, vestida a la buena de Dios y mal peinada, pues no gasta tiempo en emperujarse; pero tiene peor color que el año pasado, algunas canas, y sigue tosiendo. Mi madre se lo ha dicho: «¿Y su salud, querida maestra? ¡No se cuida usted lo suficiente!». «¡Bah!, no importa», ha respondido con su sonrisa, alegre y melancólica a la vez. «Habla usted demasiado alto —agregó mi madre—, se ajetrea demasiado con sus niños.» Es verdad; siempre se oye su voz; me acuerdo de cuando iba a su clase; habla sin parar, habla para que los niños no se distraigan, y no se queda sentada ni un momento. Estaba muy seguro de que vendría, porque nunca se olvida de sus alumnos; recuerda sus nombres años y años; los días de examen mensual corre a preguntar al Director qué notas han sacado; los espera a la salida, y pide que le enseñen las redacciones para ver si han hecho progresos; y muchos vienen aún a verla desde el gimnasio,

ya con pantalones largos y reloj. Hoy mismo volvía jadeante de la pinacoteca, a donde había llevado a sus chicos, como en años pasados, cuando cada jueves los llevaba a un museo, y lo explicaba todo. ¡Pobre maestra, ha adelgazado aún más! Pero sigue igual de vivaz, se acalora cuando habla de su clase. Ha querido volver a ver la cama donde me vio muy enfermo hace dos años, y que ahora es de mi hermano; la ha mirado un rato y no podía hablar. Ha debido marcharse en seguida para visitar a un chico de su clase, hijo de un talabartero, enfermo de sarampión, y encima tenía un fajo de páginas que corregir, trabajo para toda la tarde, y además debía aún dar una clase particular de Aritmética a una tendera, antes de la noche. «¿Qué, Enrico? –me ha dicho al irse–, ¿quieres todavía mucho a tu maestra, ahora que resuelves problemas difíciles y haces redacciones largas?» Me ha besado, me ha dicho aún desde el final de la escalera: «¡No me olvides, Enrico!». ¡Oh, mi buena maestra! ¡Nunca, nunca te olvidaré! Incluso cuando sea mayor, me acordaré aún de ti e iré a buscarte entre tus chiquillos; y cada vez que pase junto a una escuela y oiga la voz de una maestra, me parecerá oír tu voz, y pensaré en los dos años que pasé en tu clase, donde aprendí tantas cosas, donde te vi tantas veces enferma y cansada, pero siempre solícita, siempre indulgente, desesperada cuando alguien cogía un vicio en los dedos al escribir, temblorosa cuando los inspectores nos preguntaban, feliz cuando hacíamos buen papel, buena siempre y cariñosa como una madre. ¡Nunca, nunca te olvidaré, maestra mía!